



JANUS 7 (2018) 152-158

ISSN 2254-7290

Reseña. Diana Berruezo Sánchez, *Il Novellino de Masuccio Salernitano y su influencia en la literatura española de la Edad de Oro*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2015. 246 páginas

Daniel Fernández Rodríguez
Universitat de València (España)
daniel.fernandez.tejerina@gmail.com

JANUS 6 (2017)

Fecha recepción: 26/08/18, Fecha de publicación: 12/11/2018

<URL: <http://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=109>>

Resumen

Reseña del libro *Il Novellino de Masuccio Salernitano y su influencia en la literatura española de la Edad de Oro*, que analiza la recepción y el influjo de las novelas de Masuccio Salernitano en la España del Siglo de Oro.

Palabras clave

Masuccio Salernitano; *Il Novellino*; novelle

Title

Review. Berruezo Sánchez, *Il Novellino de Masuccio Salernitano y su influencia en la literatura española de la Edad de Oro*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2015

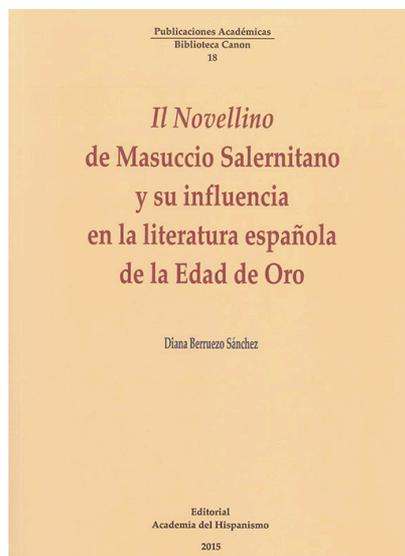
Abstract

Review of the book *Il Novellino de Masuccio Salernitano y su influencia en la literatura española de la Edad de Oro*, which analyses the reception and influence of the novels by Masuccio Salernitano on Golden Age Spanish literature.

Keywords

Masuccio Salernitano; *Il Novellino*; novelle





En la estela de las innovaciones introducidas por Boccaccio —primacía del entretenimiento sobre la intención ejemplar, preferencia por los escenarios urbanos, inserción de la sarta de relatos en un marco narrativo que los engloba, etc.—, la alargada sombra de los *novellieri* se proyecta sin interrupción sobre la literatura europea hasta el siglo XVII. Particularmente, dados los vínculos culturales y políticos, sobre la española, muchos de cuyos autores, y entre ellos algunos de los más renombrados, leyeron con fruición, en su lengua original o traducidas, las colecciones de cuentos italianos y abrevaron en ellas ingenio e inventiva para sus propias creaciones. Es el caso de *Il Novellino* de Masuccio Salernitano, un autor no suficientemente conocido y escasamente valorado hasta la fecha, al que Diana Berruezo consagra el presente estudio monográfico, ejemplo del rigor y la perseverancia con que la filología debe acercarse a esta fértil parcela de la historia literaria.

El primer capítulo se ocupa de la vida de Masuccio (Salerno, h. 1410-1415), sobre la que apenas hay datos precisos, así como de su formación literaria y de su entorno histórico y cultural (con los círculos humanistas napolitanos propiciados por el monarca Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles entre 1442 y 1458, la Academia Alfonsina y la Academia Pontaniana como principales puntos de referencia). También de las valoraciones y juicios que *Il Novellino*, su única obra, mereció a sus contemporáneos. Impresa póstumamente por primera vez en 1476, un año después del fallecimiento del autor, esta edición *princeps*, hoy perdida, cosechó un notable éxito editorial en la primera mitad del siglo XVI y fue

celebrada en toda Italia por los humanistas de la época (Leonardo da Vinci se hizo enseguida con una copia), hasta el punto de equipararla con el *Decameron*, cuyas pautas sigue en no pocos aspectos, pero con el que guarda «diferencias más que notables [...], empezando por la estructura y pasando por la virulencia lingüística, la ambientación meridional y el gusto por lo trágico, lo grotesco, lo cruel y lo extraño» (p. 37).

Le sigue a continuación un estudio pormenorizado de la obra: la tradición literaria en la que se inserta, su estructura, sus temas y recursos narrativos, etc. *Il Novellino* presenta una colección de cuentos o *novelle* agrupadas bajo un marco común al estilo del *Decameron*. Precisamente en este marco narrativo radica en parte la originalidad de Masuccio, que, a diferencia del modelo boccaccesco (un grupo de personas que se reúne para entretener el tiempo contando historias), opta por engarzar los relatos, cincuenta en total, mediante la voz narrativa del propio autor, que se sirve de un prólogo y un epílogo para guiar la interpretación de la obra. A lo que se añade la arquitectura en forma epistolar, pues todas las historias están dedicadas en última instancia a Hipólita María Sforza, de la ilustre familia de los Sforza, que gobernaba el ducado de Milán, y que era esposa de Alfonso II de Nápoles, constituida en lectora ideal.

Cada uno de los cincuenta cuentos —escritos en su juventud, según desvela el autor en el prólogo inicial, para ser enviados a ilustres personalidades, y ahora recopilados— se articula a su vez en cinco apartados: argumento o resumen de la historia, dedicatoria a personajes de la época, exordio —dirigido también al destinatario—, narración y, finalmente, advertencia o moraleja final, expuesta por el autor bajo el epígrafe de «Masuccio».

Las diferentes historias, extraídas de sucesos pasados «para que en el presente se tenga conciencia de ellos y sirvan de prevención para acciones futuras» (p. 45), se presentan en todo momento como verosímiles o verdaderas, y su propósito obedece al clásico precepto *docere et delectare*. De lo segundo se ocupa la narración propiamente dicha, mientras que el autor aprovecha tanto el exordio como la conclusión («Masuccio») para dejar bien claro su propósito aleccionador. Un propósito que dota a muchas de ellas de una clara intención de crítica social, lo que, unido a su carácter veraz, las convierte en valioso documento sociológico.

En cuanto a los temas, predominan los de sátira anticlerical, los relatos de burlas, la reprobación de los vicios femeninos en la senda de la tradición misógina (en lo que difiere también con respecto al *Decameron*) y, en menor medida, la narración de sucesos trágicos o cómicos y la alabanza de las virtudes, personificadas en príncipes de conducta ejemplar.

Se ofrece al final de este segundo capítulo un completísimo «cuadro resumen con los motivos literarios y algunas imágenes u objetos particulares que aparecen en los cuentos de *Il Novellino*» (p. 59), muy útil a la hora de rastrear e identificar las fuentes de las que se nutrieron no pocos escritores del Siglo de Oro.

Diana Berruezo aborda en el capítulo siguiente, el tercero, la historia del texto, que, luego de algunas versiones manuscritas conservadas en bibliotecas florentinas, alcanzó su máxima difusión, como ya queda dicho, en la primera mitad del XVI, con diez ediciones completas, la mayor parte impresas en Venecia, y al menos otras tres de cuentos sueltos. La inclusión de la obra en el *Index* romano de libros prohibidos (1557-1559) y el declive editorial de las colecciones de cuentos, que perdieron el favor del público, marcan el inicio de su ocaso. Pese a todo, los cuentos de *Il Novellino* continuaron difundándose, aunque con menor fortuna: en Italia, a través de las adaptaciones de otros *novellieri* y, de manera muy especial, por la inclusión de algunos de ellos en la *Cento novelle scelte*, la conocida antología de Francesco Sansovino publicada en Venecia en 1561 y reeditada posteriormente en varias ocasiones; en Europa, bien mediante adaptaciones (caso de las colecciones de cuentos francesas del siglo XVI), bien gracias a alguna traducción, como sucedió en Inglaterra. Y gracias de nuevo también, cabría añadir, a las *Cento novelle scelte* y a la labor de escritores como Gabriel Chappuys, que tradujo al francés la colección de Sansovino con el título de *Les Facétieuses Journées*.

Los ecos de Masuccio llegaron asimismo, como no podía ser menos, a la literatura española de los siglos XVI y XVII. Su huella se percibe en un buen puñado de autores y obras, tanto en el teatro como de la prosa de ficción, según demuestra la autora de manera fehaciente en el capítulo cuarto, el de más interés sin duda de su excelente monografía.

Al contrario de lo que ocurriera con el *Decameron*, *Il Novellino* no tuvo traducción castellana, por lo que se leyó directamente en su lengua original, algo nada infrecuente en una época en la que los textos italianos circulaban con asiduidad por la Península Ibérica. Así lo atestiguan, en el caso que nos ocupa, los ejemplares hallados en catálogos y bibliotecas españolas, pertenecientes algunos a lectores tan insignes como Hernando Colón, Diego Hurtado de Mendoza o Alonso de Osorio, marqués de Astorga. Las vías por las que *Il Novellino* se introdujo en España fueron las acostumbradas: intercambio de libros entre escritores, contactos comerciales, viajes a Italia... Y a ellas se añaden la antología ya citada de Sansovino, «que se leyó en lengua original, según nos dice Castillo Solórzano en *Las harpías de Madrid*» (p.115) y corroboran escritores como Lugo y Dávila, y las

compañías italianas de la *Commedia dell'Arte*, que adaptaron para sus representaciones itinerantes algunos cuentos de Masuccio.

La impronta de los *novellieri* es particularmente visible en las colecciones de cuentos que, a imitación del modelo italiano, satisfacen los gustos del público lector español a partir del siglo XVI. Es aquí donde Berruezo da comienzo a su paciente labor de pesquisa, que se basa tanto en hallazgos propios como en la lectura de toda la bibliografía pertinente.

El primer hito en el que se detiene es *El Patrañuelo* (1567), de Joan Timoneda, en cuya composición revisten capital importancia las fuentes italianas. En efecto, de las veintidós historias o *patrañas* que lo conforman, diecisiete tienen su venero en Boccaccio, Bandello, Cinzio y otros *novellieri*, entre ellos Masuccio Salernitano, quien inspira cuatro de ellas: la tercera, sobre el motivo del cadáver llevado de un lugar a otro, que reescribe el primer cuento de *Il Novellino* (que inspira asimismo un relato de Pedro de Salazar); la decimoquinta, tomada del cuento XLIII; la vigésimo segunda, que bebe del cuento XXI, que a su vez alienta un episodio del *Abencerraje*; y la octava, en la que afloran algunos de los rasgos misóginos presentes en la obra masucciana.

A las mismas o parecidas conclusiones llega Berruezo en el resto de las obras analizadas después: las *Novelas en verso* (h. 1580), de Cristóbal de Tamariz, que contienen diecisiete historias —once de ellas basadas «en *novelle* italianas, aunque enlacen, también, con otras tradiciones» (p. 125)—, cuatro de las cuales copian o refunden sendos relatos de *Il Novellino*; el *Fabulario* (1613), de Sebastián Mey, que engloba un buen número de historias y fábulas con finalidad didáctica de variada procedencia, entre la que no falta la fértil cantera que supuso la recopilación de Sansovino y, por este cauce, un relato de Masuccio; los *Sucesos y prodigios de amor* (1624), de Juan Pérez de Montalbán, que gozaron de veinte ediciones en el siglo XVII y que, pese a las advertencias en sentido contrario con que el autor trata de convencer a sus lectores en el prólogo, reelabora en las ocho narraciones de que consta tramas y argumentos de los *novellieri*, también de Masuccio, que le suministra un relato (el XXXVII) para «La desgraciada amistad» y determinados motivos y recursos, como las apelaciones a la veracidad y la reiteración del exordio y la dedicatoria en la estructura narrativa. Tampoco escapa a la influencia italiana María de Zayas, que, si bien difiere de Masuccio en lo que respecta al afán moralista y, sobre todo, a la visión de la mujer (como es sabido, no son sus vicios y debilidades los que retrata y censura, sino los de los hombres), incorpora al menos una historia con detalles y motivos procedentes de *Il Novellino*. Otro tanto sucede en las nueve colecciones de cuentos publicadas por Alonso de Castillo Solórzano entre las *Tardes entretenidas* de 1625 (una de cuyas narraciones recrea el

motivo de la amada enterrada viva, el mismo que da pie a un relato de Masuccio y *La quinta de Laura* (1649), en la antes mencionada *Las harpías en Madrid* (1631) y en las *Aventuras del Bachiller Trapaza* (1637), que contienen relatos al modo italiano en los que no es difícil percibir resonancias, directas o indirectas, de nuestro autor.

Más sustanciosos si cabe, por lo que significan las obras involucradas, son los vínculos entre la cuentística italiana y la novela picaresca. Empezando por el *Lazarillo de Tormes* (1554), cuyo tratado quinto muestra evidentes paralelismos con la *novella* cuarta de Masuccio: el mismo motivo del «falso milagro protagonizado por estafadores dentro de una iglesia concurrida de fieles» (p. 152), el mismo tono de crítica anticlerical (a propósito de las reliquias en un caso y de la venta de bulas en el otro), idénticos personajes (fray Girolamo y su amigo cómplice en *Il Novellino*, el buldero y el alguacil conchabado en el *Lazarillo*) y reveladoras semejanzas en no pocos detalles narrativos.

En lo que atañe al *Guzmán de Alfarache* (1599), las analogías afectan a diversos aspectos del texto. Por un lado, a dos de las cuatro historias intercaladas en el relato, que retoman materiales y adaptan motivos de las *novelle* italianas en general y de Masuccio en particular (incluso el propio recurso de intercalar esas historias sería deudor de la influencia transalpina), influjo al que habría que añadir el de Parabosco en el caso de la historia de don Álvaro de Luna. Por otro, las semejanzas abarcan uno de los episodios protagonizados por el pícaro: el del engaño al fraile predicador (al que Guzmán entrega una bolsa con dinero que finge haber encontrado), inspirado en el que dos salernitanos infligen también a un predicador de Florencia, nada menos que san Bernardino, en el cuento XVI de *Il Novellino*. Los dos autores, Alemán y Masuccio, comparten además el acento satírico y la pulsión misógina.

El sello del Salernitano se advierte asimismo en el *Abencerraje* (1561-1565), que traslada a su trama argumental diversos elementos del cuento XLIX, como la amistad entre un personaje cristiano y un musulmán (el emperador Federico Barbarroja y el sultán Saladino en *Il Novellino*; Narváez, alcaide de Antequera, y Abindarráez, prototipo del moro sentimental, en la narración morisca), que se trasluce en un comportamiento generoso por ambas partes.

Un episodio menor del *Abencerraje*, tomado muy probablemente de un cuento de Masuccio, el XXI, que recrea el motivo de la mujer virtuosa «que se muestra desdeñosa con un pretendiente hasta que lo alaba el marido, momento a partir del cual la actitud de la dama cambia» (p. 162), lo recoge también Luis Milán en *El cortesano* (Valencia, 1561), libro de carácter instructivo.

Lope de Vega fue sin duda el dramaturgo más asiduo y aplicado a la hora de explorar el filón italiano, por lo que a él se ciñe, casi en exclusiva, la tarea investigadora de Berruezo en lo que al teatro se refiere. Además de por las vías acostumbradas, el Fénix pudo conocer más de cerca la obra de Masuccio durante sus dos años de destierro en Valencia —ciudad a la que debieron de llegar ejemplares de la biblioteca de Hipólita Sforza tras la caída de los monarcas aragoneses en Nápoles—, y extrajo de ella material para algunas de sus comedias: *La francesilla*, que se basa en el cuento XLV para tratar el tema de la burla de un caballero a manos de una dama y su criada, reminiscencia a su vez de la «vecchia feminella» del cuento XII; *El galán Castrucho*, que adapta del cuento XXIX el motivo de la mujer casada que se cita con tres amantes en una sola noche; *La viuda valenciana*, cuyo núcleo argumental sigue una novela de Bandello inspirada a su vez en el cuento XXVI del Salernitano, el mismo proceso que tiene lugar en *Castelvines y Monteses*; y, finalmente, *Virtud, pobreza y mujer*, comedia de corte bizantino que parece reelaborar el cuento XXXIX de *Il Novellino*. Más discutida es la filiación masucciana de *El alcalde de Zalamea*, «tanto en la versión atribuida a Lope como en la de Calderón» (p. 203): pese a la presencia de elementos comunes, las similitudes con la *novella* XLVII no pasarían de ser meras coincidencias, y lo mismo cabe decir con respecto a *El mejor alcalde, el rey*.

En definitiva, el libro de Diana Berruezo constituye un aporte fundamental al conocimiento del influjo de Masuccio Salernitano en la literatura del Siglo de Oro y, más en general, al estudio de la recepción de la novela italiana en España. A buen seguro que su magnífica monografía servirá para que otros investigadores se animen a hacer lo propio y, poco a poco, vayamos conociendo mejor el vasto territorio que aún queda por descubrir en este ámbito tan fascinante de la literatura y la filología.